

Revista SÁBADO

sábado 25 de junio de 2005

"Cadáver tuerto"

Un libro atípico y muy vital es esta novela del periodista Eduardo Labarca.

Rodrigo Pinto

Eduardo Labarca es periodista y autor de una novela notable sobre la guerra de la Araucanía, Butamalón, además de crónicas, ensayos y apuntes autobiográficos. Fue panelista del mítico programa A esta hora se improvisa. Al igual que José Miguel Varas y Volodia Teitelboim, tras su salida al exilio trabajó en el programa Escucha Chile, que diariamente transmitía Radio Moscú y, tal como ellos, regresó finalmente a la literatura, con la citada novela y, tras siete años de trabajo, con esta que comentamos ahora.

Cadáver tuerto es un libro atípico, original, que remite a diversas tradiciones y géneros dentro de la novela. Y aunque hay capítulos que parecen autobiográficos (especialmente el segundo) y tientan al lector a mirarlos como parte de una "novela en clave", la verdad es que nada calza de manera tal que pueda reconocerse a un personaje real u otro. Y aunque la figura del Dictador (con mayúscula, tal como otros tantos personajes del libro, identificados con un sustantivo y no por su nombre propio) campea a lo largo de la novela, no es una "novela de dictador", como Yo, el Supremo o La fiesta del chivo. Y aunque la acción se proyecta sobre las últimas tres décadas de historia, especialmente en Chile (Acá, en la novela), tanto los hechos como los lugares forman parte de un imaginario excéntrico, guiado por un espíritu satírico que rebosa humor e irreverencia y que no tiene empacho en poner en la picota a los del lado de acá y de allá. El narrador también es atípico, circula desde la primera a la tercera persona sin mayores vacilaciones, tal como el personaje principal, Lutraro, cambia de nombre o de personalidad. La novela, por cierto, no rehúye los aspectos más siniestros de la dictadura e incluso crea personajes como La Tortura, pero pasado todo por el tamiz de una sana distancia irónica.

Desde esa estructura libre, donde lo onírico establece planos de continuidad con la experiencia consciente, donde los personajes se transmutan o adquieren el carácter de símbolos o abstracciones, donde

los lugares asoman como representaciones de otro tipo de estructuras (ideológicas, mentales) y desde la distancia que le brinda su permanencia en Europa, Labarca abre un juego de espejos enfrentados, una reflexión punzante, una sátira implacable y también tremendamente humana sobre un período signado por el conflicto y las diferencias. Un libro que no se deja agotar en las fórmulas, que se resiste a las clasificaciones, que sigue resonando en la memoria; un libro que desconcierta, que conmueve, que hace reír. Un libro vivo.

Rodrigo Pinto.